

Libro mágico
de la
Navidad
Alisios



Cuentos

1. 3021, una odisea navideña
2. Matías, el dinosaurio navideño
3. La corsario Rigoberta y el Capitán Mostachón
4. Luzamor y el primer villancico

alisios 

3021,
una odisea
navideña

El Libro de la Navidad
tiene su propio reloj.
El pasado siempre está.
Se siente más el presente
y el futuro... ya llegó.

Así que... Érase una vez,
dentro de mucho tiempo
(como mil años y un mes)
en una galaxia adyacente
comenzó este extraño cuento.

Los mellizos Astro y Nébula eran, posiblemente, los niños más viajeros del universo. Sus padres eran el Doctor Matraz y la Comandante Estelar, los famosos exploradores galácticos, así que los mellizos habían pasado casi toda su vida en una nave espacial. Les habían salido los dientes mientras seguían la estela de un cometa más allá de Orión, y habían empezado a caminar en baja gravedad cerca de la puerta de Tannhäuser. La primera palabra de Astro fue “supernova”. La de Nébula, “hiperespacio”.

La nave en la que vivían era enorme, sobre todo teniendo en cuenta que sus únicos ocupantes eran Astro, Nébula y sus padres. A no ser que contemos a P.I.L.I., claro, la inteligencia artificial que ayudaba al doctor Matraz en sus experimentos, a la Comandante Estelar con la navegación y a los niños con sus deberes. Su nombre oficial era Procesador Interactivo Librepensante Integrado, pero P.I.L.I. sonaba mucho mejor. Lo que pasa es que P.I.L.I. no ocupaba espacio, salvo en la memoria del ordenador de a bordo, así que la nave seguía siendo igual de enorme para los niños, especialmente cuando el Doctor Matraz y la Comandante Estelar salían a examinar algún nuevo planeta en el módulo de exploración.

Cuando eso sucedía, el hangar se quedaba vacío, y los niños solían jugar allí al escondite. Pero, claro, como siempre jugaban ellos solos y además eran mellizos, se conocían el uno al otro a la perfección, y también sus escondrijos favoritos, así que el juego terminaba resultando un poquito aburrido. La vida en el espacio estaba llena de aventuras y cosas maravillosas. Habían visitado planetas con ríos de miel y árboles que en lugar de

fruta daban canciones, y habían visto amaneceres y atardeceres con más de cien soles diferentes. Pero, a veces, Astro y Nébula echaban de menos tener amigos con los que jugar y compartir todas aquellas aventuras y cosas maravillosas.

Especialmente en un día como aquel. Porque era la víspera de Navidad y, como cada año, Astro y Nébula tenían la importante tarea de colgar luces navideñas por todas partes mientras su padre terminaba con algún experimento y su madre repasaba mapas de navegación. Y, como la nave era tan grande, los mellizos siempre terminaban muy cansados, así que les hubiera venido de maravilla contar con la ayuda de algún amiguito en momentos así.

Ya habían cubierto de luces el hangar y el puente de mando, el laboratorio y el jardín hidropónico, y todos y cada uno de los camarotes, pero aún les faltaba colocar las del gran salón comedor con vistas a las estrellas. En medio del salón había un enorme árbol de navidad cubierto de nieve con una estrella fugaz orbitando alrededor de la copa. Parecía real, pero cuando intentabas tocarlo te dabas cuenta de que era un holograma. Es difícil encontrar abetos de verdad en medio del espacio. Tampoco había chimenea, pero un fuego tan cálido como el beso de una abuela chisporroteaba en una pantalla, de la que colgaban cuatro calcetines. Los dos pequeños pertenecían a Astro y Nébula. El de tamaño mediano, a su madre. El gigantesco, a su padre, que tenía los pies tan grandes como para surfear sin tabla. Los niños no tenían ni idea de cómo se las arreglaba Papá Noel para entrar en la nave a través de aquella chimenea virtual, pero lo cierto es que cada mañana de Navidad había regalos dentro de aquellos calcetines.

Eso sí, sus padres solo les permitían pedir un regalo por cabeza cada año. Como exploradores galácticos, ampliaban las fronteras de la humanidad todo el rato, y eso significaba que cada Navidad le ponían más difícil a Papá Noel terminar el reparto a tiempo. Si ya era difícil repartir regalos a todos los niños de la Tierra, imaginen tener que hacerlo por todo el universo conocido. Así que, para no cargar el saco con demasiado peso extra, habían puesto ese límite de un regalo por persona. Bueno, a los mellizos les dejaban pedir algo extra, pero tenía que ser algo para compartir. Y como eran tan golosos, siempre pedían lo mismo: una tableta de regalizlázuli, la golosina favorita de los niños del futuro, porque siempre sabe a lo que más te apetece en ese momento. Que te apetece fresa, pues fresa. Que al siguiente bocado prefieres melocoton y piña, pues eso. Que te sientes extravagante y quieres probar sorbete de limón y chorizo de terror... pues allá tú. Pero el regalizlázuli no falla.

Aquella noche los mellizos y sus padres cenaron en familia un banquete liofilizado, brindaron con zumos venusinos y cantaron villancicos acompañados por P.I.L.I., que siempre desafinaba con su dulce voz metalizada. Después, los niños se fueron a la cama agotados, aunque llenos de ilusión. Astro, imaginándose a sí mismo con en el casco espacial que había pedido, una versión infantil del que usaba su madre. Nébula, pensando en

la bata de laboratorio que esperaba encontrar bajo el árbol, con la que podría empezar a seguir los pasos de su padre. Y, con aquellas imágenes en mente, los niños se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, fueron los primeros en despertarse. Hasta P.I.L.I., que ponía todos sus sensores en suspenso durante la noche para que Papá Noel no se sintiera observado, seguía en pleno sueño algorítmico. Astro saltó de la cama a la vez que su hermana, y los dos gritaron al unísono —cosas de ser mellizos— anunciando que era Navidad. Un segundo después, corrían hacia el salón a toda velocidad. Pero, al llegar allí, se encontraron con la más desagradable de las sorpresas. Allí no había ninguna caja con un casco espacial, ni ningún paquete con una bata de laboratorio. Ni libros envueltos en papel de colores para sus padres, que siempre pedían una novela de misterio cada uno para luego intercambiarlas. Pero no sólo es que no hubiera ningún regalo bajo el árbol o en los calcetines... ¡Es que alguien se había llevado los calcetines!

¿Pero, quién? En la nave sólo vivían ellos y sus padres, y en aquellos momentos estaban en mitad de un sistema solar deshabitado, a cientos de años luz de la criatura viviente más cercana, que probablemente sería uno de esos simpáticos pulpos voladores de la galaxia de Andrómeda. Estaba claro que Papá Noel no había sido. Él se encargaba de repartir regalos, no de robarlos. ¿Y para qué querría Santa cuatro calcetines desaparecidos? No, tenía que ser alguien diferente.

—¿Quién puede ser tan terrible como para robar unos regalos de Navidad? —dijo Astro.

—No lo sé, pero será mejor que avisemos a papá y a mamá —contestó su hermana—. ¡Sea quien sea, a lo mejor todavía está dentro de la nave!

Así que los niños corrieron a despertar a sus padres, y les contaron todo hablando muy deprisa, porque estaban nerviosos. Unos momentos después, los cuatro recorrían la nave buscando al intruso. Iban juntos, porque la unión hace la fuerza, y porque así es como las familias se enfrentan a los problemas.

—¿Pero qué pasa aquí? —preguntó P.I.L.I. de repente, porque acababa de despertarse de su sueño de unos y ceros y no se había enterado de nada.

—Shhhhhhhhhhh —dijeron Astro y Nébula y Papá y Mamá a la vez, llevándose un dedo a los labios, porque no querían alertar a posibles ladronzuelos espaciales.

Durante un buen rato, buscaron por todas partes. En cada armario, en cada camarote, en cada conducto de ventilación. Pero no había rastro ni de regalos, ni de calcetines, ni de invitados sorpresa.

—Nadie se digna a contarme lo que está pasando, pero deduzco que están buscando algo o a alguien como locos —dijo de pronto P.I.L.I. con un susurro algo ofendido para después añadir con cierto retintín—. ¿A nadie que no sea una inteligencia artificial se le ha ocurrido mirar en el módulo de exploración, verdad?

—¡El módulo de exploración, claro! ¡Vamos, todos al hangar! —gritaron los mellizos lanzándose hacia allí a la carrera seguidos de sus padres.

Los cuatro estaban un poco nerviosos cuando llegaron junto al módulo. Si había alguien escondido dentro podía ser peligroso. ¿Quién sabía de lo que sería capaz alguien que robaba regalos de Navidad? Pero estaban juntos, y eso les daba valor. Además, el doctor y la comandante tenían silbatos paralizantes venusinos, capaces de inmovilizar de inmediato a cualquier especie conocida. Bueno, salvo a los mosquitos. ¡Ni la tecnología del futuro nos va a librar de esos pejugueras!

Pero volvamos al hangar, que la cosa estaba emocionante, con la familia a punto de abrir las puertas del módulo de exploración y la tensión en el aire. La Comandante Estelar, con su silbato en los labios por si acaso, fue la primera en entrar, seguida del Doctor Matraz, pero fueron los niños los que descubrieron a la criatura.

—¡Mamá, papá! ¡Miren! Es un... —dijeron los mellizos señalando a un rincón.

Y ahí se quedaron callados, porque no tenían la más remota idea de qué era aquello que estaban señalando. Sus padres tampoco, y eso que habían recorrido el universo de cabo a rabo y conocían casi todas las especies que lo poblaban. Pero aquel ser era nuevo para ellos. Tenía algo de ardilla y algo de cobaya, y algo de gatito, y algo de chihuahua, y un aire a algo que estaba entre koala y oso panda. Era tan difícil de describir como adorable, una esponjosa bolita peluda que les miraba con ojos asustados. Estaba temblando.

—No tengas miedo. No vamos a hacerte daño —dijo Nébula para tranquilizarle.

—Claro que no —añadió su hermano—. No estamos enfadados. Ya veo que necesitas nuestros regalos más que nosotros...

Y es que Astro acababa de ver dónde habían ido a parar su casco espacial, la bata de laboratorio de su hermana y los libros de sus padres. La pequeña criatura había metido la bata doblada dentro del casco y había creado una rampa con los libros para subir y bajar sin problema.

—¡Ahí va! —dijo Nébula admirada—. ¡Se ha hecho una casa en miniatura con acceso privado! ¡Y mi bata doblada es su camita!

—¡Y mira! —dijo Astro sacando algo de dentro del casco—. Ha rellenado el calcetín gigante de papá con los demás para hacerse una almohada.

—¡Menudo ingenio! —dijo el doctor.

—Jajajaja —rio la comandante con tanta fuerza que casi se traga el silbato paralizante venusino—. Sí que le ha sacado partido a nuestros regalos.

Contagiados por las risas de su madre, los mellizos empezaron a reír, y pronto su padre también se sumó a las carcajadas. Las risas parecieron calmar al instante a la criatura.

—Glowie —soltó de repente con un tono agudo—. Glowie. Glowie. Glowie.

—¿Qué dice? ¿Puedes traducirlo P.I.L.I.? —preguntó el doctor.

—No hay nada parecido en mis archivos lingüísticos, doctor.

—Igual es su nombre —sugirió Nébula—. Hola, Glowie. Yo me llamo Nébula. Este es mi hermano Astro. Y estos son nuestros padres.

—Glowie. Glowie. Glowie. Glowie —repitió la criatura, pero esta vez, una cálida luz surgió de su tripita peluda.

—¿Han visto eso? ¡También brilla!

—Igual es una reacción alérgica —dijo el doctor, que siempre tenía alguna teoría científica a mano—. No veo restos del regalizlázuli que siempre piden a Papá Noel para compartir. Seguramente se lo ha comido todo y le ha sentado mal.

En ese momento, los mellizos se miraron el uno al otro pensativos.

—No, papá, eso no puede ser —dijo Astro.

—Este año no pedimos regalizlázuli como regalo para compartir.

—¿Ah, no? —preguntó su madre con curiosidad, porque si había algo que a sus hijos le gustaba era aquella golosina camaleónica— ¿Entonces, qué pidieron?

—Un amiguito —respondieron los gemelos, al unísono una vez más.

—Glowie —dijo la criatura abriendo sus pequeños brazos, como si les hubiera entendido—. Glowie, Glowie.

—¡Glowie! —gritaron los niños antes de correr a abrazar a la pequeña criatura prometiéndole que, a partir de ese momento, iban a ser inseparables.

¡Y vaya si lo fueron! ¡La cantidad de juegos, la cantidad de aventuras que vivirían juntos! Y, a partir de las siguientes Navidades, cinco calcetines colgaban de chimenea virtual. Los pequeños de los mellizos, el mediano de su madre, el enorme de su padre y el diminuto de Glowie.

Celebrar juntos, compartir la ilusión y la alegría con los seres queridos, con la familia, con los amigos. En este planeta o en el otro extremo del universo, en una casa en tierra firme o en una nave espacial, es lo que hace tan especial la Navidad.

Fin

Título original: 3021, una odisea navideña

Autor: Aitor Guezuraga

Propietario: Herdomisan S.L

Queda rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante venta, alquiler o préstamos públicos.

Matías,
el dinosaurio
navideño

Dentro de El Libro de la Navidad,
realidad y ficción van de la mano.
Fábulas aptas para toda edad,
del más pequeño al más anciano.
Todas navideñas, sin salvedad,
único requisito *sine qua non*.
Sirva de ejemplo esta curiosidad:
¡Un cuento en verso antediluviano!

Hace mucho, mucho tiempo...
Mucho más del que imaginas,
cuando el aburrimiento
todavía no existía
y los T-Rex todo el día
rugían a los cuatro vientos,
en una cueva vivía,
tan feliz y tan contento,
el dinosaurio Matías,
que es el prota de este cuento.

Para ser un dinosaurio,
Matías era algo canijo.
Al lado de un brontosaurio
poco más que una migaja.
Pero sacaba a diario
de su tamaño ventajas,
pues encontraba cobijo
en pequeños escondrijos
en los que los grandes saurios
no cabían ni con faja.

Debemos tener en mente
que Matías residía
en un tiempo complicado.
Todo el mundo concentrado

en un solo continente
y en constante cacería.
Un jurásico pasado
con peligros muy presentes,
donde hasta el menos pintado
intentaba hincarte el diente.

Así que, por lo general,
los bichos del mesozoico
siempre andaban estresados
temiendo que otro animal
les pillara despistados
y les comiera sin sal
en cuatro o cinco bocados.
¡Quién no iba a estar paranoico!
De noche dormían fatal,
con ojos entrecerrados.

Por eso era tan singular
la situación de Matías.
Siempre que lo requería,
refugio lograba encontrar.
Mientras otros dinosaurios
pasaban miedo a diario,
él podía fantasear
con mundos imaginarios.
Y en las noches, que eran frías,
soñaba en vez de temblar.

Y, sintiéndose seguro,
entre sueño y fantasía,
Matías lanzó un conjuro
casi por casualidad.
Y vio como aparecía
ante sus ojos oscuros
una ventana a un futuro
lleno de felicidad.
Y así fue como Matías
descubrió la Navidad.

Aunque Matías sabía,
en honor a la verdad,

que faltaban todavía
muchos millones de años
para que a aquel mundo extraño
llegara la Navidad
con su paz y su alegría,
pensó que quizás podría
poner el primer peldaño
hacia esa festividad.

Y así fue como Matías,
convertido en subalterno
de un mañana por llegar,
comenzó a coleccionar
pedrecitas al azar,
que tallaba con su cuerno
y en juguetes convertía.
Y luego los repartía
con el solsticio de invierno,
gritando: ¡Feliz Navidad!

Fin

Título original: Matías, el dinosaurio navideño

Autor: Aitor Guezuraga

Propietario: Herdomisan S.L

Queda rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante venta, alquiler o préstamos públicos.

La corsario
Rigoberta
y el Capitán
Mostachón

El Libro de la Navidad
puede contener erratas,
como *isleno* en vez de *isleño*,
pero no contiene errores;
y no es por echarnos flores,
en cuestión de magia o sueños.
¡Si hay cuentos de piratas,
es porque son navideños!

El Capitán Mostachón
era un temible pirata
con espada de hojalata
y pistolas de cartón,
que había ganado su mote
por el frondoso bigote
de color rojo escarlata
que en su propio camarote,
cada día, sin excepción,
cepillaba con tesón,
con un cepillo de plata
que guardaba en un arcón.

El Capitán Mostachón
comandaba una fragata,
poderosa cual tifón
y veloz como vencejo.
De lo bueno lo mejor
y de ahí lo superior.
Un barco que era un primor
y asaltaba sin complejos
a cualquier embarcación
que desde el palo mayor
el vigía Nicanor
viera con su catalejo.

Cien cañones a babor
y otros tantos a estribor.
En la popa un gran arpón
de oxidado hierro viejo,
y en la proa un espolón,
como una enorme alcayata,
que cumplía la función,
necesaria pero ingrata,
de pinchar sin compasión
a un navío o un galeón
para, a continuación,
abordarlo con gracejo.

Sin lugar a discusión,
era su tripulación,
de los mares, la más fiera.
No se enrolaba cualquiera
en la flamante fragata
del Capitán Mostachón.
Para ganar su favor,
debían tener valor
y la puntería certera,
y suficiente sesera
para no abusar del ron
o del licor de patata.

Estaba el contramaestre,
que tres veces por trimestre
pillaba una insolación.

Y también el condestable,
con pericia inigualable
contando la munición.

Y un montón de marineros,
de piel dura como el cuero
y carácter bravucón.

Y al timón, doña Beatriz,
que jamás tenía un desliz
en temas de navegación.

Y el cocinero de a bordo,
que en un caldero muy gordo
hacía sopa de tiburón.

Y un doctor muy despistado,
que curaba resfriados
con tiritas y algodón.

Y en el trinquete, el grumete,
que olía a salmonete
porque no usaba jabón.

Y Nicanor, el vigía,
en el mástil todo el día
con su mirada de halcón.

Y un guacamayo malayo,
que miraba de soslayo
desde el hombro del capitán.

Pero, entre tanto pirata,
nadie había reparado
en que había un polizón
escondido en algún lado.
Una corsaria novata,
ojos grandes, nariz chata
y boquita de piñón;
que, por culpa de un ciclón,
un buen día había naufragado
justo en el mismo atolón
donde tenía enterrado
su tesoro Mostachón.

Se llamaba Rigoberta
y era muy lista y sensata.
No quería a los piratas
enfadar con su intrusión,
por miedo a ser candidata
a abandonar la fragata
con forzoso chapuzón.
De día se escondía en un cañón.
De noche subía a cubierta,

silenciosa como gata,
en busca de algún bocata
de sardinas o jamón.

Hasta que, en una ocasión,
al ver la despensa abierta
y dentro un roscón de nata,
la polizón Rigoberta
dejó que su lado glotón
tomase la decisión
de entrar por aquella puerta
sin ninguna precaución,
asumiendo que desierta
debía de estar la habitación.
¡Se zamparía el roscón
y culparían a las ratas!

Y así empezó Rigoberta
a comer roscón de nata,
masticando boquiabierta
con verdadera fruición.
Y para beber, horchata,
que en toneles había a espuestas.
La habían comprado de oferta:
dos doblones por galón.
La cuestión es que el roscón
tenía dentro un haba puesta,
y, al morderla, Rigoberta
aulló a causa del dolor.

Primero, pensó Rigoberta
que nadie la había escuchado,
que quizás se había salvado
de un aprieto aterrador,
pero unos gritos airados
la sacaron de su error.
Había sido descubierta
por el vigía Nicanor,
que con sus ojos de halcón
la había visto tras la puerta,
y al resto había llamado
gritando a pleno pulmón.

Cinco minutos después,
ya rendida y desarmada,
y atada de manos y pies
con un cordón de nilón,
Rigoberta era acusada
de ser una polizón
en un juicio en el que el juez
era el Capitán Mostachón,
y ella su propia abogada.
Y el jurado, en una grada,
elegido a mano alzada
entre la tripulación.

Rigoberta, muy asustada,
temblando cual palanquín
cuando sopla Septentrión,
decidió no callar nada
y explicó su situación
de manera detallada.
Les habló del ruin tifón
que hundió su bergantín,
y de cómo fue un delfín,
con sonrisa de pillín,
quien la llevó al atolón
entre olas encrespadas.

También de su decisión,
no del todo meditada,
de al barco de Mostachón
colarse bien camuflada
en la funda de un violín
que encontró por ahí tirada,
mientras la tripulación
cavaba en el atolón.

En baúles de satín
con candados de latón,
enterraban el botín
de las naves saqueadas.

Y les habló del cañón,
oscuro como el hollín,

donde dormía apretujada
a falta de mejor opción.
Sin colchón, sin almohada,
sin tan siquiera un cojín.
Pero su gran confesión,
la que a la tripulación
hizo jurar en latín,
fue admitir con un mohín
que tenía la tripa hinchada
por acabarse el roscón.

Una vez finalizada
su larga declaración,
por las dudas asediada
y cansada del trajín,
de ser rea y abogada,
ahora Yang y luego Ying,
Rigoberta, agotada,
y aún manipediatada,
se echó una cabezada
en mitad de la sesión.
Dormía como un querubín,
roncaba como un dragón.

Del sueño al rato la extrajo
un frío chorro de sifón
que un pirata muy guasón
le lanzó con desparpajo,
y que la dejó empapada
de la melena al refajo,
por orden de Mostachón,
que la quería despejada
para oír su decisión,
pues el jurado en la grada
ya había hecho su trabajo
con la deliberación.

Veo que mi suerte está echada,
Rigoberta, resignada
pensaba, y no sin razón.
Y se dijo por lo bajo,
por tirar de latinajo,

que siempre mola un montón,
 ¡alea iacta est y ajo!
Momentos de expectación
 para rea y tripulación
 y para un escarabajo
 que seguía los altibajos
del juicio desde el timón.

Y, entonces, de sopetón,
Mostachón sacó su espada,
 de cartón pero afilada,
 y le lanzó una mirada
del color del pipermin.
Rigoberta, muy callada,
 esperaba lo peor,
 pero cuál fue su estupor
cuando, con dos estocadas
 con filo de puercoespín,
cortó el cordón que la ataba
sin mayor complicación.

Para ser un cincuentón,
 el Capitán Mostachón
estaba hecho un figurín.
No tenía ni un michelín
 debajo del cinturón,
donde se aprestó a enfundar
su espada antes de dictar
sentencia de absolución
 para la joven polizón,
 y pelillos a la mar.
Protestó algún que otro gruñón,
 pero no hubo motín.

En el ronco vozarrón
del Capitán Mostachón
 había cierto retintín
cuando dijo a Rigoberta:
 “Suelo dar al polizón
el trato de al que deserta.
En cualquier otra ocasión,
 con razón o sin razón,

tus problemas a mí plim,
vas directa al trampolín,
y de allí a una suerte incierta
y se zanja la cuestión”.

“Pero estamos en Navidad
y, aunque cause estupefacción,
no hay en mi tripulación
nadie que no lo celebre.
Es tiempo de felicidad
y seguimos otras leyes,
hechas de amor e ilusión
y de risas de pesebre;
las de un señor muy bonachón,
que prefiere el trineo al quad
y de tres mágicos Reyes
que a los malos dan carbón”.

¡Estaban en Navidad!
¡Menuda revelación!
Tantos días de oscuridad,
escondida en el cañón,
que del tiempo la noción
Rigoberta había perdido,
cual peluca en tempestad.
Ahora tenía más sentido
lo del enorme roscón
y que del palo mayor
colgaran luces de color
brillando con intensidad.

Rigoberta, estupefacta,
no sabía qué decir.
No podía describir
su sentir de forma exacta.
Y, en lugar de darle al pico
con una larga explicación,
decidió que un villancico
podía ser la solución.
Y acertó plenamente,
¡toda la tripulación
se apuntó inmediatamente

a cantar en orfeón!

Demostrando don de gentes,
el capitán Mostachón
se sumó a la celebración
cantando a pleno pulmón.
¿Y Rigoberta? Al timón,
poniendo rumbo a poniente.
Y así se cerró el acta
de aquel juicio en alta mar.
Una historia de piratas
y navideña a la par.
Una historia un tanto abstracta
que en verso había que contar.

Fin

Título original: La corsario Rigoberta y el Capitán Mostachón

Autor: Aitor Guezuraga

Propietario: Herdomisan S.L

Queda rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante venta, alquiler o préstamos públicos.

**Luzamor
y el primer
villancico**

Todos conocemos a Melchor,
de los Reyes Magos, el mayor,
como prueban sus barbas de plata.
Todos conocemos a Gaspar,
siempre con historias que contar
por la noche junto a una fogata.
¿Y quién no conoce a Baltasar?
Habitualmente, el más popular
cuando llega día de Cabalgata.
Pero, si menciono a Luzamor,
no habrá ni lectora ni lector
que sepa muy bien de quién se trata.
Les pido que atiendan, por favor,
porque, tras esta larga perorata,
su curiosa historia vamos a contar.

Hace ya un poco más de dos milenios,
en un lejano y exótico lugar,
más allá de un mar con olor a azahar,
que hoy por hoy no aparece en ningún mapa,
reinaba sin corona, cetro o capa
una reina de lo más particular.
La reina Luzamor, que era popular
por improvisar versos con ingenio.

Muy amiga de Melchor y Baltasar,
de Gaspar prima por parte materna,
tenía previsto sumarse a la terna
y hasta Belén como un cuarteto viajar.

Así pues, como ves, era cuatro y no tres,
los monarcas que en total iban al portal.
Al menos ese era el plan original,

pero el destino puso a ese plan un traspiés.

Porque Luzamor tuvo un lapsus mental
y a su camello no ató bien el arnés,
y por culpa de un bache, duna a través,
perdió los regalos que había en su morral.

Los otros llevaban, como es bien sabido,
oro, incienso y mirra en sendos arcones.
Ella, mazapanes y también turriones,
y de polvorones un amplio surtido.

“Tengo que recuperarlos, sigan sin mí
—dijo a los otros, volviendo tras sus pasos—,
que les alcanzaré antes de que el ocaso
tiña el horizonte de rojo carmesí”.

Los demás le hicieron caso y prosiguieron
su camino tras fugaz estela de astro,
mientras Luzamor seguía su propio rastro
en busca de los dulces que se perdieron.

Pero en dar con su morral tardó un buen rato
y dentro ya no quedaban ni las migas.
Se le habían adelantado unas hormigas
que se habían dado un festín de campeonato.

Resignada ante tamaño varapalo,
a volver con los demás se disponía.
Cuando les alcanzara, ya pensaría
en cómo resolver lo de su regalo.

Sin embargo, del modo más repentino,
se desató una gran tormenta de arena.
La visibilidad no era nada buena,
así que Luzamor deambuló sin tino
sobre Cayena, su camello zaíno,
hasta que escampó, ya con la luna llena,
y vio que había ido a parar al quinto pino.

Asumiendo que no había forma de llegar
junto a Gaspar y el resto al portal de Belén,

Luzamor aparcó el camello en un arcén
y bajo las estrellas se puso a cantar.

Porque, incluso antes que reina o que princesa,
siempre fue una especie de cantautora,
aunque esa palabreja es más de ahora;
por entonces se decía juglaresa.

La cosa es que, en un momento de inspiración,
compuso una canción; pura improvisación,
pero con la precisión de un buen orfebre,
sobre una estrella fugaz y un trío de reyes,
cada uno con un regalo en un arcón,
para un niño sonriente en un pesebre,
situado entre sus padres y unos bueyes,
en un portal que hacía las veces de pensión.

Y los vientos, conmovidos por su canción,
transportaron su dulce voz hasta Belén,
para que el niño y todos a su alrededor
disfrutaran de aquella composición;
que hablaba de hacer el bien sin mirar a quién,
y también de paz y alegría y amor.
Por eso, aunque estuvo de cuerpo ausente
y al niño no pudo llevar sus presentes
como hicieron Baltasar y compañía,
no sería un desvarío de demente
pensar que Luzamor bien merecería
ser nombrada Reina Maga oficialmente.

Después de todo, su voz, su melodía,
su hermosa canción cantada a todo fuelle
sobre un niño sonriente y tres reyes
y un portal con un pesebre y unos bueyes
y también unos pastores y un borrico,
fue el regalo más original del día.
Sí, como imaginan, y si no lo explico,
aquella canción fue el primer villancico.

Fin

Título original: Luzamor y el primer villancico

Autor: Aitor Guezuraga

Propietario: Herdomisan S.L

Queda rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante venta, alquiler o préstamos públicos.